

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION. CALLE DE VICTORIO, 53. — PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES. — NUMERO SUELTO, CINCO CENTIMOS

CAFÉ-CERVECERÍA MADRILEÑA

CUATRO ESQUINAS — MURCIA

Esmeradísimo servicio en todas clases de helados, licores, cervezas y superiorísimo café.

Chocolates con bizcochos a 0.40 p.s-tas.

Este Establecimiento está al servicio del público desde las seis y media de la mañana hasta las dos de la madrugada.

Servicio á domicilio

Pastelería de Bonache

Plaza de Carnicería, esquina á la calle de Ruiperez
Servicio esmerado de cocina

Para la próxima cuaresma empanadas con pimiente y tomate y pescado fresco.

Gran surtido en fiambre.

Monas á 15 y 25 centimos.

Vinos y licores de acreditadas marcas.

Gran Taller Constructor de Carros y sus similares

DE

JOSÉ SANCHEZ

Calle de Saavedra Fajardo número 14, (antes Rambla.)

Pinturas de coches y obras

Decorado y empapelado

Grandes existencias de ruedas en blanco.

Gabinete Electroterápico

CONSULTA de las enfermedades de los ojos

DOCTOR CUADRADO

SOCIEDAD, 10

Horas de consulta: De 10 á 12 de la mañana y de 4 á 6 de la tarde

Rayos X.—Sociedad, 19, principal.—Rayos X

EL HAMBRE EN LORCA

De "El Demócrata" de dicha ciudad:

Entre otros muchos defectos que tenemos, se cuenta en primer lugar el ser envidiosos, y si bien se considera, este defecto, en vez de serlo es, sino virtud, á lo menos representación de un afecto grande hácia la tierra en que nacimos, para la que quisiéramos todas las ventajas, todos los beneficios y todas las mejoras.

Pero al lado de esta buena cualidad que al fin y al cabo lo es, nos hallamos con que nos combaten, corroyendo nuestro modo de ser, una indiferencia extraordinaria, una pereza acentuada que actúa fatalmente sobre nuestra especial idiosincracia.

Lamentamos la preferencia que los Gobiernos demuestran por otras regiones de España; censuramos el abandono en que aquí vivimos y envidiamos las mercedes que se nos niega y con esto solución nos nuestras cuitas.

Ahora mismo, leyendo la

prensa de Madrid, dijérase que pertenecemos á otra nación.

Los grandes rotativos aco-gen y comentan la crisis agraria en Andalucía, detallan sus defectos en Cadiz, Sevilla, Málaga, Jaen, Córdoba, etcétera, y nos quedamos en medio como si nuestra existencia se deslizara tranquila y dichosa, en medio de la mayor abundancia ni penaidad ni sufrimiento alguno, la desesperación va imperando en todos los hogares, la agricultura está arruinada por falta de lluvia, el trabajo falta, y el hambre, en suma, reina imperiosa y aterradora.

Aquí no hemos pedido al Gobierno, como otras regiones lo han hecho con las energías que da la desesperación, obras, trabajos para los obreros; aquí no se ha pintado á los poderes públicos el estado de abandono en que vive la clase proletaria; no hemos merecido la gracia de que la prensa de Madrid acoja nuestros clamores y los hiciera llegar al Gobierno, para que éste se enterara de la verdad y cupiera cuales son nuestras necesidades; los remedios que aquellas demandaban.

De eso, nadie más que nosotros tenemos la culpa, por apáticos, debiles y desconfiados.

Hoy los Gobiernos amparan á los que más alto chillan y aquí no sabemos gritar.

Hablamos para nosotros mismos verdades olvidadas de puro sabidas, y ese ha sido el error.

Impónese pregonarlas, cantarlas alto, lanzarlas á todos los vientos y pedir mucho y con energía, para no vernos relegados al olvido, en que ahora se nos ha dejado en el instante de repartir mercedes.

Por eso decimos que somos envidiosos.

Envidiosos ó los que han alcanzado beneficios, envidiosos de los que supieron pedir, cosa que nosotros no sabemos.

Es una desdicha, es una manifestación lastimosa de nuestro modo de ser especial.

No hay que quejarse en el fondo.

Pero la desigualdad nos hace hablar así; la envidia inspira estas quejas, justas si bien se consideran.

Hay que aprender con la experiencia y hay que hablar alto si queremos que nos oigan.

Se impone una transformación radical en nuestra idiosincracia, en nuestro modo de ser; y esas energías, y esas actividades y esos esfuerzos imaginativos y esas resoluciones que mostramos en zaherirnos mutuamente, en destrozarnos mutuamente, emplearlas en demandar con igual empeño, con igual tesón, cuanto debemos demandar y pedir en beneficio del país, en beneficio de los desvalidos y en satisfacción de nuestras conciencias, por daber cumplido.

VIDA DE PAZ

Doña Maria es una señora condesa sexagenaria, que todas las tardes, sentada junto al balcón, lee en un mismo libro y mira la puesta del sol.

Decir que doña Maria tuvo una hermosísima juventud parecerá para algún espíritu poco reflexivo una trivialidad. No lo es, porque tal vez nada exista tan interesante, tan complicado; tan profundamente sugeridor de pensamientos, como ese mirar tranquilo, mansamente bondadoso, lleno de sabia quietud, de unos viejos ojos que rieron seguros de su poder. Por las mujeres que no inspiraron grandes pasiones, ni se embriagaron el cerebro con locos ensueños, con audaces quimeras increíbles, la ancianidad es esperada como una buena amiga que trae consolaciones y regocijes no gustados. Pero con cuanta tierna piedad se piensa en ese declinar lento de hermosas juventudes, que hoy lloran la aparición de una nueva cana, mañana gimen por una nueva arruga, por una inusitada palidez que descubrieron en su semblante!

Un cuadro que impresionaría de un modo intenso á sus contempladores, había de tener por tema principal la casi imperceptible mueca — felisimamente copiada — de unos labios sin rojez y sin ternura ya reflejados en un espejo.

Doña Maria es una señora condesa sexagenaria que fué muy hermosa.

Yo sé de un joven taciturno, algo poeta que, solo por contemplarla, pasea todas las tardes del sol, en soledad y en silencio, por una llanura desde donde divisa sus balcones. Y más de una vez, — según ha confesado el ingénuo á un su hermano en Arte, — mirándola cesar en la lectura y luego sonreír, como puede hacerlo una anciana, él ha sentido subir á sus ojos una dulce sonrisa inesperada, y alguna vez viéndola en actitud de recordar remotas horas felices, él ha sentido llegar hasta su corazón melancolías y nostalgias de vejez.

Pensareis en unos amores inauditos. Pero no de los llamados románticos, mucho menos de los ardientes. Ni aún siquiera son unos amores espirituales. Para inspirar trovvas y delirios faltanle refulgencias á las pupilas de la dama, faltanle poética tristeza, esa tristeza amable pronta á la sonrisa, esa dulcísima tristeza, tan lejana de las desesperaciones como de los engaños, que nubla los semblantes juveniles de aquellos que solo padecen el "presentimiento", del dolor, pero que no han sufrido males hondos.

Para que deliciosas ardorosas recorran la sangre de un refinado amador, es preciso que la forma deseable sea de una armónica y fresca plasticidad.

Y para amar á un alma hay antes que haber descubierto todas sus bellezas, todas sus recónditas bondades. El joven poeta taciturno jamás cambió una palabra con la condesa venerable. No sabe nada de su vida mundanal, ni de su vivir interno, y su fantasía puede idealizarla ricamente.

Tal vez este reconocimiento completo acerca de ella, sea la causa originaria de su gran amor.

El poeta sabe — lo oyó contar — que fué muy hermosa.

Luce un sol rojizo. La venerada lee tras los cristales el libro favorito. Parece más atenta, más inmóvil que de costumbre. Habrá llegado el período más musical. O estarán sus ojos fijos en la frase más linda, más emocionant

